



Herencia y Determinismo Genético en la obra de Sigmund Freud

Marco Alexis Salcedo

marcoalexissal@hotmail.com

Introducción

¿Cuán deterministas son los factores filogenéticos en el comportamiento del hombre? Sobre esta pregunta es posible encontrar toda clase de respuestas. En psiquiatría hay teorías biológicas en boga que parten del presupuesto de la existencia de una predisposición innata que conlleva tendencias de “mala naturaleza”, expresadas en actos excéntricos, desordenados, compulsivos, alucinatorios o delirantes. Es de observar que la promulgación de dichas hipótesis data principalmente del siglo XIX. A lo largo de este siglo, de acuerdo con Paul Bercherie, la atención de los clínicos estuvo dirigida a los antecedentes del enfermo, y en particular a su herencia, en el marco de la investigación de las causas de las afecciones nerviosas. La publicación del texto *“Del Origen de las Especies por la Vía de la Selección Natural”* (1859), por parte de Charles Darwin, los estudios genéticos de Mendel, aunados a los nuevos descubrimientos en medicina, al parecer, fueron los principales motivos para el dominio de las concepciones evolucionistas e innatistas en ese siglo.

Así, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, era posible encontrar una amplia expansión y validación de las tesis de degeneración nerviosa hereditaria en la gran mayoría de los clínicos. Morel, Krafft-Ebing, Janet, Charcot, fueron entre otros los destacados clínicos de la psiquiatría del siglo XIX que atribuyeron una supuesta tara hereditaria como el agente etiológico más importante, si no el único. El consenso general que lograron conseguir estas tesis, a causa de las explicaciones relativamente satisfactorias que brindaban al amplio espectro de hechos e interrogantes originados en el trabajo con enfermos mentales, explica por qué Alfred Binet llamó la herencia *“la causa de las causas”*¹

Sin embargo, las lancinantes consecuencias sociales, históricas y teóricas que trajo y acarrea la aprobación de dichas hipótesis, junto con la abundante literatura existente que subraya los elementos sociales en detrimento de los biológicos, ha hecho que la aceptación de la suposición de la eminente influencia de la herencia en el comportamiento del hombre sea tomada con mayor reserva. Así, pues, enfatizar en lo filogenéticamente dado para comprender la praxis del ser humano es restarle vitalidad al alto poder determinante que tiene lo cultural, además de reducir o aniquilar la capacidad de decisión que tendría la voluntad para reglar nuestro destino. En este sentido, deterministas serían las tesis que hacen de la herencia el mayor eje explicativo para todo fenómeno conductual, ya que según ellas el individuo actuaría sólo de acuerdo con el programa genético que traería. Sería el destino escrito en combinaciones de ADN.

Indudablemente en Freud es posible encontrar una clara preocupación por el factor filogenético, preocupación que dio lugar para que algunos intérpretes aprehendieran el determinismo psíquico freudiano como subsidiario del determinismo genético. En efecto, se hallan párrafos que afirman, por ejemplo, que *“el sujeto freudiano trasciende lo individual dado que se funda en lo filogenético”*². Es esta

¹ Paul Bercherie. *Génesis de los conceptos freudianos*. Paidós argentina. 1988. P. 235

² Gerardo Pasqualini. *Psicopatología Ética*. Ediciones Nueva Visión. Argentina. 1990. P. 56

interpretación particular de la doctrina psicoanalítica la que a continuación se quiere revisar, para establecer el grado de transcendencia que el padre del psicoanálisis le otorgó al factor filogenético en la causación del comportamiento humano. ¿Fue Freud un determinista genético? Esa es la pregunta que vamos a abordar en este texto.

La herencia en la teoría freudiana

La preocupación de Freud por el factor hereditario posiblemente se pueda datar desde sus estudios de medicina y las consecuentes investigaciones que posteriormente emprendió. Pero con seguridad, el reconocimiento pleno de las posibilidades de comprensión que brindaba para las problemáticas nerviosas tuvo su aliciente en los encuentros en la Salpêtrière con Charcot. Charcot, hombre de ciencia consagrado, concedió a la herencia una fuerza etiológica determinante para la generación de los síntomas histéricos. Así dijo: "... *la histeria tiene sólo una causa: el terreno hereditario peculiar, la diatesis que sirve de fondo a sus manifestaciones y es lo único que permite que sobrevenga*"³. Los demás elementos, que reconocía tenían alguna influencia sobre la enfermedad, eran para Charcot simplemente "*agentes provocadores de las neurosis*"⁴, factores accidentales que conllevaban un agotamiento general o que demandaban una exigencia excesiva al sistema nervioso, y producían por ello la eclosión de los síntomas. Bajo claras influencias de las concepciones de Morel, Charcot llegó a caracterizar la problemática de los histéricos como "*la locura de los heredo-degenerados*", inscritos en una familia neuropática, en la cual coexistían neuropatas, alienados, epilépticos y enfermos mentales. La perdición del sujeto estaba, pues, irremisiblemente determinada: "*la causa principal de la histeria, la herencia... puede ser similar (madre histérica, hija histérica) o actuar por transformación (uno o ambos progenitores o sus ascendientes, han padecido una afección nerviosa distinta de la histeria misma)*"⁵.

Parece ser que la relevancia que le dio Charcot a la herencia en la histeria tenía su raíz en su reconocimiento de la enorme dificultad de hallar alguna alteración o lesión anatomopatológica en el sistema neurológico de los pacientes histéricos, tal como lo pasmó en una lectura dada a conocer en 1882: "...*you are aware, gentlemen, that there still exist at the present time a great number of morbid states, evidently having their seat in the nervous system, which leave in the dead body no material trace that can be discovered (various illnesses, among them hysteria)*"⁶. Estas enfermedades que estaban para Charcot "*deprived of the anatomical substratum*"⁷, lo condujeron a plantear que la patología de la enfermedad involucraba anomalías neurodinámicas. Esto es, disturbios puramente fisiológicos del sistema nervioso que surgían cuando el paciente, predispuesto hereditariamente a esas anomalías, se enfrentaba a algún hecho en su vida particularmente difícil o traumático. "*Charcot thus develops a model for the etiology of hysteria of traumatic origin. In a nervous system conditioned by an hysterical dyathesis, nervous shock or fear induces an hypnotic state which renders the victim susceptible to suggestion*"⁸, afirma Levin. En palabras de Sigmund Freud. "*Charcot propuso para la histeria una fórmula simple: la herencia como única causa; de acuerdo con ello, la histeria es una forma de degeneración, un*

³ Paul Bercherie. Op. Cit. *Genesis de los conceptos freudianos*. P. 235

⁴ Ibid.

⁵ Loc. Cit.

⁶ Levin Kenneth. *Freud's Early Psychology of the neuroses*. University of Pittsburgh Press. 1978. P. 43

⁷ Ibid.

⁸ Ibid. P. 46

miembro de la “*famillie nueropathique*”; todos los otros factores etiológicos desempeñan el papel de causas de oportunidad, -agents provocateurs-”⁹.

Bajo el fuerte influjo que ejerció su maestro, y dentro de la más pura tradición de la Salpêtrière, Freud en los escritos posteriores a su regreso de París muestra su aceptación del punto de vista de Charcot. Así aseveró en el texto “*La Histeria*”:

*“la histeria se debe considerar como un status, una diatesis nerviosa... La etiología del status hystericus ha de buscarse por entero en la herencia: los histéricos están siempre dispuestos por herencia a unas perturbaciones de la actividad nerviosa, y entre sus parientes se encuentran epilépticos, enfermos psíquicos, etc... Todos los otros factores ocupan un segundo plano frente a la herencia, y desempeñan el papel de unas causas ocasionales cuyo significado se suele sobrestimar en la práctica”*¹⁰.

Curiosamente, es también por la influencia de las ideas de Charcot por lo que Freud se ve interesado en la problemática de la hipnosis, fenómeno que posteriormente le brindó pautas para cuestionar la enorme valía que se le daba a la herencia. Aunque su maestro explicaba la hipnosis como un producto de alteraciones neurológicas (*occurs only in people who are neurologically vulnerable to such states, and are therefore vulnerable to the formation of a secondary consciousness*)¹¹, predispuestas por una tara genética, la experiencia clínica con los histéricos que empezó a acumular y las tesis de la escuela de Nancy, lo llevaron después a enfatizar los fenómenos adquiridos. Esto es, el alto poder que tiene la sugestión y las vivencias de orden sexual en las enfermedades psíquicas.

De esta manera, la “*famille neuropathique*”, el grupo de trastornos en el que Charcot incluía todos aquellos trastornos del sistema nervioso que podían tener su causa en la herencia, comenzó a perder credibilidad a los ojos de Freud:

*“todas estas elucidaciones etiológicas con respecto a la neurastenia son incompletas en la medida en que no se considera una nocividad sexual que, según mi experiencia, constituye el factor etiológico más importante y el único indispensable... la concepción de la “famille neuropathique” - que por lo demás, incluye casi todo lo que conocemos en materia de enfermedades nerviosas orgánicas y funcionales, sistemáticas y accidentales- difícilmente resiste una crítica seria”*¹².

A partir de la publicación del texto “*Las neuropsicosis de defensa*”, se muestra el auge que ha tomado en Freud la interpretación de los síntomas histéricos como originados por un empeño voluntario del individuo que busca desalojar de la conciencia una representación inconciliable con el resto de representaciones, en especial con los contenidos defendidos por la conciencia moral. La adopción de este punto de vista ciertamente implicaba una severa crítica a los planteamientos de Charcot, y así lo manifestó explícitamente en el texto “*La Herencia y la Etiología de las Neurosis*”(1896):

⁹ Freud, S. “Charcot (1893)”. En *Obras Completas De Freud, S.* . Buenos aires/ Madrid: Amorrourtu editores. 1980. V. 3. P. 20

Todas las citas de Freud, S. provienen de la misma fuente. Luego se sobreentiende, de ahora en adelante, su origen, por lo que sólo se colocará el nombre del texto que se cita, el numero de pagina correspondiente, en el volumen en que se encuentra el texto.

¹⁰ Freud, S. “Histeria (1888)”. V. 1. P. 55

¹¹ Levin Kenneth. Op. Cit. *Freud’s Early Psychology of the neuroses*. P. 98.

¹² Freud, S. . Op. Cit. “Prólogo y notas de la traducción de J.-M. Charcot, Leçons du mardi de la Salpêtrière (1887-88) (1892-94)”. V.1. P. 176.

“me dirijo especialmente a los discípulos de J. M. Charcot para proponerles algunas objeciones a la teoría etiológica de las neurosis que nuestro maestro nos ha transmitido. Conocemos el papel atribuido a la herencia nerviosa en esta teoría... Desde hace mucho tiempo abrigo sospechas en esta materia pero me fue preciso esperar para hallar hechos que las corroboraran en la experiencia cotidiana del médico”¹³.

Sus objeciones las dirigió sobre todo a uno de los mejores alumnos de Charcot, Pierre Janet, el cual se había convertido en uno de los mayores exponentes de las ideas de la Salpêtrière. Por eso, dirigir objeciones directas hacia Janet era quizá la mejor forma de poner en cuestión las tesis hereditarias:

“según la doctrina de Janet la escisión de conciencia es un rasgo primario de la alteración histérica. Tiene por base una endeblez innata de la actitud para la síntesis psíquica, un estrechamiento del campo de la conciencia... En oposición al punto de vista de Janet... se sitúa el sustentado por Breuer en nuestra Comunicación. Según Breuer, base y condición de la histeria es el advenimiento de unos estados de conciencia peculiarmente oníricos, denominados estados hipnoides, La escisión de la conciencia, es pues, secundaria, adquirida”¹⁴.

La teoría de la formación de los síntomas construida por Breuer y Freud y publicada en la *“Comunicación Preliminar”* sostenía que la histeria era producida por fallas del paciente para responder adecuadamente a un hecho particular, de difícil trámite, no por las características peculiares del suceso, sino por la naturaleza del estado psíquico del paciente en el momento de su ocurrencia. Sin embargo, el énfasis puesto por Breuer sobre los estados hipnoides en la histeria y el lugar secundario al que relegó el concepto de defensa, no se constituyeron desde luego en el punto de vista defendido por Freud. La experiencia clínica lo había llevado a desarrollar la teoría de la defensa y a concederle un significado crítico a la vida sexual de sus pacientes en la patogénesis de la histeria.

Hacia 1896 su hipótesis desarrollada en torno a la cuestión etiológica de la histeria había quedado especificada de este modo: *“... los síntomas de la histeria sólo se vuelven inteligibles reconduciéndolos a unas vivencias de eficacia traumática; esos traumas psíquicos se refieren a la vida sexual... Es preciso que estos traumas sexuales correspondan a la niñez temprana, y su contenido tiene que consistir en una efectiva irritación de los genitales”¹⁵*. El camino teórico recorrido por Freud hasta ese momento, a pesar de que lo conducía a prestarle mayor atención al tipo de experiencias que en la vida los individuos sufrían, no lo llevó a negar del todo la posible influencia de la herencia en las neurosis. La herencia seguía siendo un factor de primera importancia en sus formulaciones, pero definida desde 1895 como un elemento incapaz de producir por sí mismo la enfermedad, aunque sin el cual las otras causas no tenían efecto patológico alguno:

“si yo indago en mis experiencias, no descubro para las neurosis de angustia un comportamiento opuesto entre predisposición hereditaria y factor sexual específico. Por el contrario. Ambos factores etiológicos se prestan recíproco apoyo y se complementan entre sí. Las más de las veces, el factor

¹³ Sigmund Freud. “La herencia y la etiología de las neurosis”. V. 3. P. 143

¹⁴ Freud, S. “Las Neuropsicosis de Defensa”. V. 3. P. 48

¹⁵ Freud, S. “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”. V. 3. P. 164.

*sexual sólo es eficiente en aquellas personas que traen congénito un lastre hereditario; la herencia sola casi nunca es capaz de producir una neurosis de angustia, sino que espera hasta que se verifique una medida suficiente del influjo nocivo sexual específico*¹⁶.

Líneas más abajo, ejemplifica lo anterior a través de una analogía: *“el alcance a que las neurosis pueden llegar depende en primera instancia del lastre hereditario. La herencia opera como un multiplicador interpolado en el circuito de la corriente, que incrementa en el múltiplo de la desviación de la aguja... La forma que cobra la neurosis –el sentido hacia el cual se orienta la aguja- la determina con exclusividad el factor etiológico específico que proviene de la vida sexual*¹⁷. En el “Manuscrito K”, vuelve a ratificar este mismo punto de vista... *“La herencia es una condición adicional que facilita y acrecienta el afecto patológico; es por tanto aquella condición que posibilita sobre todo las graduaciones de lo normal hasta los extremos*¹⁸. e igualmente, en el texto “La Herencia y la Etiología de las Neurosis”:

*“en la patogénesis de las grandes neurosis la herencia cumple el papel de una condición poderosa en todos los casos y aún indispensable en la mayoría de ellos. Es cierto que no podría prescindir de la colaboración de las causas específicas, pero la importancia de la disposición hereditaria es demostrada por el hecho de que las mismas causas específicas no producirían ningún efecto patológico manifiesto si actuaran sobre un individuo sano, mientras que en una persona predispuesta su acción hará estallar la neurosis, cuyo desarrollo e intensidad serán conformes al grado de esta condición hereditaria*¹⁹.

La adopción de este planteamiento por parte de Freud tuvo como puntos intermedios observaciones previas en las cuales confluyeron las tesis nuevas que se abrían paso y las tesis antiguas. Es decir, Freud previamente argüía que dentro de los casos clínicos de histeria algunos se producían a causa de una tara hereditaria y otros a raíz de eventos sexuales de tipo traumático. *“Toda histeria que no sea hereditaria es una histeria traumática”* afirmó en el “Manuscrito B”²⁰. En la carta 18 del 21 de mayo de 1894, igualmente había puntualizado: *“en todos los casos debe haber una excitación sexual que ingrese en esas transposiciones, pero el envión hacia ello no se sitúa en todos los casos dentro de lo sexual; es decir, en todos los casos en que las neurosis son adquiridas, lo son por perturbaciones de la vida sexual, pero hay gente con una conducta hereditariamente perturbada de los afectos sexuales, que desarrollan las formas correspondientes de las neurosis hereditarias*²¹.

Siguiendo tales consideraciones, planteó casos cuya etiología atribuyó a una tara hereditaria... : *“si uno intenta interpretar el caso K, una cosa se impone. El hombre es un predispuesto hereditario; su padre tiene una melancolía de angustia, su hermana una neurosis de angustia típica... esto da qué pensar sobre la herencia*²². Y casos cuyo factor fundamental lo centraba en las prácticas sexuales de sus pacientes: *“ayer vi cuatro nuevos casos cuya etiología de acuerdo con las relaciones de tiempo, sólo podía ser el coitus interruptus. Acaso te divierta que los caracterice brevemente:*

¹⁶ Freud, S. “A propósito de las críticas a las Neurosis de Angustia”. V. 3. P. 177.

¹⁷ Ibid. P. 138

¹⁸ Freud, S. “Manuscrito K”. V. 1. P. 26

¹⁹ Freud, S. “La herencia y la etiología de las neurosis”. V. 3. P. 147

²⁰ Freud, S. “Manuscrito B”. V. 1. P. 218.

²¹ Freud, S. “Correspondencia a Fliess. Carta 18”. V. 1. P. 227

²² Ibid. “Manuscrito F”. V. 1. P. 236.

*señora de 24 años... con insomnio, marido viajante...en el verano, durante el viaje del marido completo bienestar, coitus interruptus y gran angustia a la concepción*²³.

Aunque Freud en los años subsiguientes a 1893 hará de las vivencias sexuales el agente capital en la patogénesis de las neurosis, es de anotar que hacia 1897 empiezan a germinar en él fuertes dudas sobre la teoría etiológica traumática. En la renombrada carta 69, fechada en Viena el 21 de septiembre de 1897, le confía a su amigo Fliess el gran secreto que se le había revelado e impuesto: *“ya no creo más en mi neurótica”*²⁴. La pertinencia que hay en este particular hecho es que conllevó a que volviera a tomar fuerza, momentáneamente, a sus ojos, la interpretación de Charcot sobre las neurosis: *“parece de nuevo discutible que sólo vivencias posteriores den el envión a fantasías que se remontan a la infancia; con ello el factor de una predisposición hereditaria recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarla, en el interés del total esclarecimiento de las neurosis”*²⁵. La teoría de las neurosis diseñada por Freud, que demandaba, las más de las veces, la presencia de un padre perverso y en la que resultaba inexplicable la amplísima frecuencia de la histeria, la imposibilidad de abrir paso al recuerdo inconsciente en las psicosis, y los ininteligibles fracasos y éxitos en las terapias realizadas, fueron entre otros el conjunto de motivos que condujeron a las incertidumbres sobre sus hipótesis.

Esta crisis en sus formulaciones, empero, estuvo lejos de llevarlo a una cabal renuncia de la teoría traumática en los meses siguientes a la redacción de la carta 69, y con ello, a un rechazo de la influencia de los factores vivenciales en la patogénesis de las neurosis. Como lo señala James Strachey, la carta 75 del 14 de noviembre de 1897, así como la carta 84 del 10 de marzo de 1898 y el texto *“La Sexualidad en la Etiología de las Neurosis”* (1898) señalan su persistente empeño y confianza en las teorías sexuales en busca de la inteligencia de las neurosis. Sólo el hallazgo de la índole dinámica de las mociones pulsionales sexuales presentes en la infancia, y la comprobación plena de que las fantasías pueden obrar con toda la fuerza de las vivencias reales, lograron disipar, según Strachey, las dudas de Freud sobre su “neurótica”. Aunque, claro está, con significativos cambios en sus teorizaciones.

Las Fantasías Originarias

En muchas de las cartas escritas a Fliess durante la primavera de 1897, Freud introdujo el concepto de *fantasía* dentro de su teoría de las neurosis. El había observado que, dentro del análisis de sus pacientes neuróticos, emergían con frecuencia fantasías, las cuales en un principio juzgó tenían el propósito de bloquear el recuerdo de las experiencias sexuales adolecidas en la infancia. A pesar de este intento de Freud de armonizar el concepto de fantasía con la teoría de la seducción, era claro que se constituían directamente en un desafío a la teoría de los traumas sexuales infantiles. Ante todo, porque no le permitían discernir si el material reprimido, surgido en la terapia, era una fantasía o un recuerdo. Es decir, si eran reales las historias de seducción reportadas por sus pacientes o meras invenciones. Fue el inicio de su autoanálisis el que lo instigó a dirimir a favor de la fantasía, y consecuentemente a abandonar definitivamente la teoría de la seducción.

Esta renuncia la hizo Freud, gracias a las conversaciones realizadas con su madre, quien le ayudó a volver inteligible el material reprimido revelado por su autoanálisis. Tal como lo indica en una de las cartas enviadas a Fliess:

²³ Ibíd. P. 223

²⁴ Ibíd. “Carta 69”. P. 301.

²⁵ Ibid. P. 302.

“mi autoanálisis es de hecho lo esencial que ahora tengo, y promete volverse de supremo valor para mí cuando llegue a su término... Y tanto más valioso es el todo para mis propósitos cuanto que he podido hallar algunos asideros reales de la historia... pregunté a mi madre si guardaba recuerdo de la niñera “naturalmente”, dijo, “una persona anciana, muy inteligente, que te llevó por todas las iglesias... cuando yo estaba de parto por Anna (dos años y medio menor que yo), se averiguó que ella era una ladrona, y se le encontraron todos los kreuzer nuevitos, los céntimos y juguetes que se te habían obsequiado. Tu propio hermano Philipp fue por el policía, a ella la castigaron con diez meses de arresto”. Y mira tú que esto corrobora las conclusiones de mi interpretación de sueños... Desde entonces he llegado mucho más lejos”²⁶.

El punto a donde lo habían llevado las indagaciones fue por cierto de notable trascendencia. El cautivador poder ocultado en la tragedia de Edipo Rey se le hizo comprensible.

“un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado, también en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana... Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión que divorcia a su estado infantil de su estado actual”²⁷.

Con el descubrimiento del gran poder patógeno de las fantasías, y con la revelación de lo esencial que son ellas para la inteligencia de los síntomas neuróticos, Freud logra comprender que *“en el mundo de las neurosis, la realidad psíquica es la decisiva”²⁸*. Es decir que poco importa para el desarrollo de una neurosis el que se hubiera vivenciado en la realidad el contenido de una fantasía, pues sin duda *“también ellas poseen una suerte de realidad”²⁹*. De tal manera, Freud declara que las fantasías gozan de un fundamental papel en la génesis de los diversos síntomas, ante todo porque se constituyen en los estadios previos de éstos, vale decir, *“establece las formas en que los componentes libidinales reprimidos hallan su ratificación”³⁰*. De igual modo, a su parecer, los sueños no son otra cosa que reanimaciones de algunas fantasías a consecuencias de un estímulo diurno que quedó pendiente de la vigilia y *“en el que se revelan de modo preferente la herencia arcaica del hombre”³¹*.

Estas series de planteamientos y descubrimientos alimentaron el creciente interés freudiano por la actividad fantaseadora y sus productos. De la prolífica cantidad de fantasías suscitadas en el análisis, fueron particularmente tres las que llamaron más su atención, singularizadas a raíz de su *“universalidad y su considerable independencia de lo vivenciado por el individuo”³²*. Ellas eran: la observación del comercio sexual entre los padres (conocida también como escena primordial), la seducción por una persona adulta y la amenaza de la castración. A estas modalidades típicas de guiones fantaseados, Freud las nombró como “fantasías originarias”, las

²⁶ Ibid. “Carta 71”. P. 307.

²⁷ Freud, S. “Conferencia 23: Los Caminos de la Formación del síntoma”. V. 16. P. 336

²⁸ Ibid.

²⁹ Freud, S. “Tres Ensayos de una Teoría Sexual”. V. 7. Nota 28. P. 206.

³⁰ Freud, S. “La interpretación de los Sueños”. V. 4. P. 542

³¹ Ibid.

³² Freud, S. “El Yo y el Ello”. V. 19. P. 39.

cuales consideró como organizadoras de la vida de la fantasía, cualesquiera hubieran sido las experiencias personales de los individuos.

Lo que resultaba crucial en las fantasías originarias era, entonces, su universalidad; esto es, que se encontraban de un modo general en los seres humanos, sin que se pudiera comprender tal hecho remitiéndose a eventuales escenas vividas por cada uno de los hombres. La única explicación plausible al respecto era, a su modo de ver, que las fantasías originarias fueran esquemas inconscientes que trascendieran lo individual y se transmitieran hereditariamente. Para Freud estas formaciones fantaseadas fueron realidad en los tiempos originarios de la familia, incluidas en el patrimonio genético por haberse constituido en un suceso de enorme importancia: *“las vivencias del yo parecen al comienzo perderse para la herencia; si se repiten con la suficiente frecuencia e intensidad en muchos individuos que siguen unos a otros generacionalmente, se trasponen, por así decir, en vivencias del ello, cuyas impresiones son conservadas por herencia... Cuando el yo extrae del ello la fuerza para su superyó, quizá no haga sino sacar de nuevo a la luz figuras, plasmaciones yoicas más antiguas”*³³.

Ellas se reviven en cada individuo; son en síntesis una repetición abreviada de la infancia filogenética del ser humano. Muestras de la influencia de tales vivencias prehistóricas en el individuo, Freud las da en sus casos clínicos. Un ejemplo paradigmático es el estudio del “Hombre de los Lobos”, en el cual afirma: *“el varoncito tiene que cumplir aquí un esquema filogenético y lo lleva a cabo aunque sus vivencias personales no armonicen con él... El padre había devenido para él aquella persona terrible de quien amenaza la castración. El Dios cruel con quien luchaba entonces, que dejó a los hombres volverse culpables, para luego castigarlos... En definitiva pasó a ser el padre a pesar de todo, aquel de quien temía la castración. En este punto la herencia prevaleció”*³⁴. Estos casos y otros le permiten concluir: *“no me asombra que conservándose idénticas condiciones, las producciones filogenéticas hagan resaltar por vía orgánica lo que otrora adquirieron en la prehistoria y han heredado como predisposición a readquirirlo”*³⁵.

Ahora bien, cabría preguntarse, al conceptualizarse las fantasías originarias como componentes primordiales de la trama edípica, trama que consideró Freud el núcleo etiológico fundamental de las neurosis, ¿sería entonces válido suponer que las teorizaciones freudianas vuelven invariablemente lo filogenético el factor que da cuenta de todas las producciones sintomáticas del individuo?

Pues bien, aún cuando son las fantasías originarias los únicos elementos congénitos presupuestos al hombre, por parte de la teoría psicoanalítica, homologables a los contenidos instintuales de los animales, es manifiesto que Freud nunca les concedió a estas formaciones inconscientes un poder tal que determinaran a plenitud e inevitablemente la vida del ser humano.

Freud es insistente en señalar un recíproco complemento entre los dos factores etiológicos por él esbozados: *“Nos negamos a estatuir una oposición de principios entre las dos series de factores etiológicos (los factores accidentales y los constitucionales): más bien suponemos una regular acción conjugada de ambas para producir el efecto observado. (Disposición y azar) determinan el destino de un ser humano; rara vez, quizá nunca, lo hace uno solo de esos poderes”*³⁶. El mismo asunto lo reitera de un modo un poco distinto en la Conferencia 23 de las “Lecciones Introductorias al Psicoanálisis”. En virtud de la capacidad pedagógica e ilustrativa de

³³ Freud, S. “De la historia de una Neurosis Infantil”. V. 17. P. 80.

³⁴ *Ibíd.* P. 89

³⁵ Freud, S. “Sobre la dinámica de la transferencia”. V. 12. Nota 2. P. 96

³⁶ “En la predisposición por fijación libidinal confluye el vivenciar prehistórico con el vivenciar infantil” Freud, S. “Conferencia 23: Los Caminos de la Formación del síntoma”. V. 16. P. 330

los esquemas, figura la ecuación etiológica de las neurosis mediante un árbol genealógico, en el que expone que son la suma de la predisposición por fijación libidinal, junto con el vivenciar accidental, traumático del adulto, los elementos que instauran una neurosis. Aún más, en el caso de *“El Hombre de los Lobos”*, a pesar de haber indicado que en el joven ruso tuvo gran influencia la veta de lo filogenético, igualmente declaró que el factor hereditario guardaba un efecto incidental. Dicho en otros términos, el influjo de las vivencias prehistóricas radicaba en que se ofrecían como recurso interpretador de las experiencias del niño, cuando éstas últimas no otorgaban elementos para el esclarecimiento de las situaciones angustiantes que vivía el infante: *“sólo en la historia primordial de las neurosis vemos que el niño echa mano de esa vivencia filogenética, toda vez que su propio vivenciar no basta. Llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica, pone la experiencia de los ancestros en el lugar de la propia”*³⁷. Y agrega: *“considero metodológicamente incorrecto una explicación que parta de la filogénesis, antes de haber agotado las posibilidades de la ontogénesis. Las producciones filogenéticas requieren de un esclarecimiento que en toda una serie de casos pueden procurárseles desde la infancia individual”*³⁸.

En esta misma línea de pensamiento, Laplanche y Pontalis afirman:

*“Son prevalecientes y acertadas las interpretaciones hechas al texto freudiano que designan un papel complementario y hasta secundario, a los esquemas inconscientes hereditarios llamados “fantasías originarias”. Las reservas que suscita la teoría de una transmisión genética hereditaria no deben hacernos considerar igualmente caducada la idea de que existen, en la vida de la fantasía estructuras irreductibles a las contingencias de lo vivido individual”*³⁹.

O mejor aún, en palabras del propio Freud: *“Se ha ido demasiado lejos en la reconducción de los destinos patológicos del individuo a las vivencias de sus antepasados, olvidando que entre la concepción y la madurez vital se extiende un largo y sustantivo trecho, la infancia, en que pueden adquirirse los gérmenes de una posterior afección”*⁴⁰.

La herencia, *“cómodo expediente verbal usado en demasía contra los pobres enfermos a quienes los médicos son impotentes de socorrer”*⁴¹, sin lugar a dudas, tenía que convertirse en un registro condenado a ser abandonado por Freud ya que volvía improcedente cualquier propuesta terapéutica para los “neurópatas”. Estos hombres, sentenciados por la mayoría de los clínicos del siglo XIX a vivir eternamente con las penurias de su enfermedad, vuelven a adquirir esperanzas para su cura con el cambio de la perspectiva que Sigmund Freud impulsó.

La pulsión

Algunas traducciones de las obras completas de Freud se han caracterizado por la presencia de ciertos equívocos que conllevaron no pocas consecuencias a nivel interpretativo. Una de estas confusiones está dada en la homologación sistemática que hicieron varios traductores entre las palabras alemanas *“Trieb”* e *“Instinkt”*. Las palabras, empleadas por Freud en el empeño por establecer una distinción básica,

³⁷ Freud, S. “De la historia de una Neurosis Infantil”. V. 17. P. 89.

³⁸ *Ibíd.*

³⁹ Laplanche y Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor. 3ª. Edición. Barcelona. 1981. P. 145.

⁴⁰ Freud, S. “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. V. 3. P. 272

⁴¹ *Ibíd.*

propician una comprensión diferente del texto freudiano cuando estas son registradas. La pulsión, que en lengua germánica es "*Trieb*", marca la distinción con su homóloga "*Instinkt*" en que ésta última era utilizada por el fundador del psicoanálisis "*para calificar un comportamiento animal fijado por la herencia, característico de la especie, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto*"⁴². Por el contrario, la pulsión, que impele al sujeto a efectuar ciertos actos susceptibles de provocar una descarga de excitación, muestra no sólo que el objeto sexual es para el hombre variable y contingente, elegido en su forma definitiva gracias a las vicisitudes de la historia del sujeto, sino también que son los fines de las pulsiones sexuales múltiples, parciales e íntimamente dependiente de las fuentes somáticas. Estas últimas son igualmente variables "*y susceptibles de adquirir y mantener para el sujeto una función prevalente, de tal forma que no se subordinan a la zona genital*"⁴³. La confusión que se propicia, al desconocer la diferencia conceptual que hay entre los dos términos, radica en que permite la reconducción de la teoría de la pulsión a parámetros biologists, cercanos a los que cubren la noción del instinto.

Es sorprendente observar cuán difundida está la idea que afirma que el aporte fundamental efectuado por Freud se resume en haber confirmado la existencia de una "bestia" que habita escondida en el interior de nuestra alma y que espera la menor oportunidad de salir. La base de tal consideración es precisamente la doctrina de la pulsión, la cual se interpreta, como una teorización respecto a los restos atávicos no superados, en la que se prescinde de todo planteamiento psicológico, y en esa misma medida, de toda apreciación que conciba al factor cultural como determinante en las explicaciones de los actos desmesurados del hombre. Las pautas explicativas que brinda tal interpretación para comprender, por ejemplo, por qué en ciertos individuos impera una gran agresividad, fácilmente se deja entrever: esas personas, cual animales, actúan coaccionados por disposiciones instintuales congénitas particularmente incrementadas, y por ello imposible de resistir. Según este razonamiento, no hay mediación cultural alguna.

En pro de la aclaración de esta temática se hace imprescindible entonces establecer si las conceptualizaciones que Freud realizó sobre la pulsión propugnan ineludiblemente por la exclusión de los factores psicológicos, y en ese sentido, proclaman una pobre injerencia del orden cultural en las manifestaciones comportamentales del ser humano en contraste con las que pudiera ejercer elevados empujes pulsionales congénitamente dados.

El período comprendido entre las primeras publicaciones psicoanalíticas y los "*Tres Ensayos sobre la teoría sexual*", fue sin lugar a dudas el período fértil en el cual germinaron los principales conceptos freudianos, entre ellos el de la pulsión. Antes de 1905 esa palabra es posible hallarla aisladamente en algunos escritos. Sin embargo, como bien lo señala Strachey, su significado esencial se plasmaba bajo otros nombres como "excitaciones", "representaciones afectivas", "mociones de deseo", "estímulos endógenos", etc. Después de 1905 el término de pulsión, sin lugar a dudas, se convierte en uno de los conceptos centrales en la teoría psicoanalítica. La palabra aparece inscrita en innumerables contextos, en los cuales se aborda toda clase de interrogantes promovidos por el trabajo clínico. "*Un concepto básico convencional de esa índole por ahora bastante oscuro, pero del cual en psicología no podemos prescindir, es el de pulsión*"⁴⁴, son las líneas introductorias del artículo "*Pulsiones y Destinos de la Pulsión*", en el que el propio Freud reconoce la trascendencia del término. En los años ulteriores es aún más enfático en destacar su valor, al aludir a las pulsiones como "*el elemento más importante y oscuro de la investigación*

⁴² Laplanche y Pontalis. Op. Cit. *Diccionario de psicoanálisis*. P. 324.

⁴³ *Ibíd.* P. 325.

⁴⁴ Freud, S. "Pulsiones y sus Destinos". V.14. P. 113.

psicológica”⁴⁵. Y en una nota agregada de 1924 en los “*Tres Ensayos sobre la Teoría Sexual*” vuelve a asegurar: “*la doctrina de las pulsiones es la pieza más importante, pero también la más inconclusa de la teoría psicoanalítica*”⁴⁶.

El vocablo viene a cobrar importancia a partir de los *Tres Ensayos*, en donde Freud hace de la pulsión el eje explicativo de su teoría sexual. El concepto, pues, desde sus inicios se inscribió en los contextos que traían a discusión las teorizaciones sobre la sexualidad infantil. Es importante observar que la construcción del término tuvo su antecedente en el descubrimiento del gran valor patógeno que poseía la fantasía. Fue precisamente el requerimiento de dar cuenta del origen de esa alta capacidad de influencia de la fantasía, el hecho que favoreció que en los años ulteriores se convirtiera la pulsión sexual en una de las claves teóricas elucidatorias de la patogénesis de las neurosis. En efecto, la sexualidad infantil se le hizo innegable a Freud cuando concibió que la única explicación plausible para hacer inteligible las escenificaciones fantásticas evocadas por sus pacientes era aceptando que durante la infancia operaban ciertos impulsos de carácter sexual. Así pues, la teoría sobre la importancia etiológica del factor sexual se complementó con la formación del concepto de la pulsión, de suerte que las imputaciones hechas a la sexualidad ahora se organizaron bajo parámetros que ofrecía la concepción de la pulsión sexual.

Ahora bien, hay que preguntarnos ¿por qué la sexualidad fue objeto de tales atribuciones? ¿Acaso para Freud las pulsiones sexuales *per se* tenían la propiedad de producir toda clase de trastornos y perturbaciones en la vida psíquica del hombre? Y las otras pulsiones, ¿acaso podrían recrear iguales escenarios de conflicto?

Como es conocido, Freud había considerado inicialmente que la emergencia de los síntomas neuróticos acaecía cuando estaban presentes ciertas anormalidades en la vida sexual actual del paciente, o cuando eran reactivados ciertos recuerdos que rememoraban hechos traumáticos sexuales infligidos por sus padres o parientes. Con el hallazgo de los deseos incestuosos que en su persona habitaban, esto es, de enamoramiento hacia su madre y celos hacia su padre, Freud logró concluir que detrás de las situaciones de seducción narradas por sus pacientes se escondían excitaciones sexuales que satisfacían impulsos propios del sujeto. Aunque de acuerdo con Kenneth Levin, es impreciso hacer coincidir el desarrollo de la teoría de la sexualidad infantil con el momento de rechazo de la teoría de la seducción. Pues Freud seguía sosteniendo que eran los eventos inusuales de la niñez, que involucraban a los padres de los niños, quienes provocaban un incremento patológico de los recién descubiertos impulsos edípicos universales⁴⁷. Aún así, es claro que el reconocimiento de las historias de seducción como fantasías se constituyeron en el mejor aliciente para ocuparse más de las manifestaciones de la vida sexual de los niños. “*Detrás de las fantasías, al amplio rango de la vida sexual de la niñez vino la luz*”, aseguró en su nota biográfica de la *Historia del Movimiento Psicoanalítico*.

Con el énfasis puesto sobre los impulsos, los planteamientos respecto a la fantasía se volvieron más complejos al pasar de ser señaladas como un mero instrumento útil en la recuperación de los recuerdos de infancia, a ser además definidos como un recurso efectivo para la satisfacción de esos impulsos o deseos sexuales. En estas nuevas explicaciones que emergieron para las psiconeurosis tras la caída de la teoría de la seducción, se persistió con la tesis de unas variantes particularmente intensas de esos normales impulsos sexuales infantiles, que se

⁴⁵ Freud, S. “Más allá del principio del placer”. V. 18. P. 34.

⁴⁶ Freud, S. “Tres ensayos sobre una teoría sexual”. V. 7. Nota 50. P. 153.

⁴⁷ “*Freud still believed that Oedipal impulses are abnormally intense in children destined to develop serious neuroses and that these excessively intense impulses must be triggered by unusual childhood events involving the children’s parents*”. Levin Kenneth. Op. Cit. *Freud’s Early Psychology of the neuroses*. P. 198.

constituían en el principal agente etiológico de las neurosis. Este fue el modelo utilizado por Freud, por ejemplo, para su explicación de los síntomas histéricos de la paciente Dora. Así dijo: *“esta temprana inclinación de la hija por el padre y el hijo por la madre, de las que probablemente se halle una nítida huella en la mayoría de los seres humanos, no puede menos que suponerse más intensa, ya desde el comienzo en el caso de niños constitucionalmente destinados a las neurosis, de maduración precoz y hambrientos de amor”*⁴⁸.

De tal forma, las fantasías, corolarios de esos impulsos exacerbados, eran víctimas de los destinos represivos por esa estrecha relación que sostenían con las excitaciones sexuales. La represión ya no es entonces una operación implementada con el fin de olvidar traumas reales del pasado. Ella sobreviene ahora como un intento de desalojar de la conciencia una representación denunciante de cierta actividad o deseo sexual incrementado. Es decir, tenía el propósito de cubrir la actividad autoerótica de los primeros años de la niñez. Sin embargo, es de precisar que el carácter conflictivo de la pulsión sexual en dichas teorizaciones no radicaba *per se* en el aumento inusitado que se le atribuía. El desasosiego del sujeto se daba por los fenómenos concomitantes que ocurrían si dichas mociones pulsionales eran satisfechas. En las buenas palabras de Levin, *“the compromise between repressed ideas and a repressing ego is now seen as a compromise between a sexual impulse and one’s misgiving and feelings of guilt concerning that impulse”*⁴⁹.

Desde el momento que Freud postuló la teoría de la defensa en la década final del siglo XIX había sostenido la idea de que la defensa se sostenía ante el surgimiento de afectos displacenteros tales como la vergüenza, el reproche, el dolor psíquico y demás. En efecto, en 1896 señaló: *“El afán defensivo del yo depende de toda la formación moral e intelectual del sujeto”*⁵⁰. Y lo volvió a reafirmar en el caso Dora, en el que aseveró que los reclamos de amor en la edad madura dan para dos conductas distintas: *“o bien la plena entrega a la sexualidad sin resistencia alguna y lindante con lo perverso, o bien por reacción, su desautorización y la contracción de una neurosis. La constitución de nuestra paciente y el nivel de su educación intelectual y moral habían dado el envión para esto último”*⁵¹.

El conflicto psíquico así establecido, ante todo, parece definirse como la pugna entre dos instancias distintas: una represora, el yo, defensor de las aspiraciones éticas y estéticas de la sociedad, y la otra reprimida, la sexualidad, promotora de representaciones incompatibles con las reglas morales. Esto lo aseveraba Freud en un contexto teórico en el que sólo contaba con la pulsión sexual. Más adelante en sus escritos empieza a señalar la presencia supuesta de mociones de naturaleza distinta a la sexual, íntimamente relacionadas con el yo, consiguiendo con ello un soporte pulsional para la instancia represora. Así, bajo estas nuevas directrices, intenta explicar el conflicto psíquico afirmando que el yo encuentra en la pulsión de autoconservación la mayor parte de la energía necesaria para la defensa contra la sexualidad. Es la lucha entre dos pulsiones lo que Freud desarrolla aquí, haciendo coincidir la instancia defensiva con un determinado tipo de pulsión:

“el pensamiento psicoanalítico debe admitir que (algunas) representaciones han entrado en oposición con otras, más fuertes que aquellas; para designarlas utilizamos el concepto global de Yo (...) pero ¿de dónde puede provenir esta oposición, causa de la represión, entre el yo y ciertos grupos de representaciones? (...) Hemos reconocido que cada pulsión

⁴⁸ Freud, S. “Fragmento de un análisis de un caso de histeria”. V. 7. P. 50

⁴⁹ Levin Kenneth. Op. Cit. *Freud’s Early Psychology of the neuroses*. P 204

⁵⁰ Freud, S. “La etiología de la histeria”. V. 3. P. 209

⁵¹ Freud, S. “Fragmento de un análisis de un caso de histeria”. V. 7. P. 77.

*procura imponerse animando a las representaciones adecuadas a sus metas. Estas pulsiones no siempre se armonizan; a menudo llegan a un conflicto de intereses; las oposiciones entre las representaciones no son más que la expresión de los combates entre las diferentes pulsiones*⁵².

No obstante, el nuevo dualismo pulsional invocado por Freud en 1920, el de las pulsiones de vida y pulsiones de muerte, no lo instituyó, a pesar de sus radicales oposiciones, como las propias del conflicto psíquico. Freud ahora no atribuye, como antes lo había hecho, un tipo de pulsión para cada una de las instancias que intervienen en el conflicto. *“Ni hablar de que se pueda circunscribir una u otra de las pulsiones básicas a una de las provincias anímicas. Se las tiene que topar por doquier*⁵³. Aún más, declaró la conjunción de las dos clases de pulsiones como decididamente necesaria para llevar en cierto sentido una vida normal. De suerte que no está en la esencia del nuevo dualismo pulsional un ineludible choque de fuerzas que impida el actuar común entre ellas, y que favorezca la asimilación de los requerimientos culturales y sociales. *“Alteraciones en la proporción de mezcla de las pulsiones tienen las más palpables consecuencias. Un fuerte suplemento de agresión sexual hace del amante un asesino con estupro; un rebajamiento del factor agresivo lo vuelve timorato e impotente*⁵⁴.

El anterior párrafo de Freud, que a nuestro modo de ver escenifica en el ámbito de una relación sexual lo que ocurriría si se lograra modificar al agrado de un experimentador la medida presente de alguna pulsión, tiene además la virtud de traer de nuevo a colación la cuestión si en la doctrina de las pulsiones se ofrecen bases para interpretar algunas actuaciones individuales como directa expresión de una peligrosa fuerza pulsional, congénitamente desproporcionada, y en la que no media ningún factor cultural.

Siguiendo la pauta trazada por la mirada de conjunto que nos guía, consideramos que a Freud nunca se le puede calificar como un divulgador de las tesis que consideran la actividad humana enteramente discernible e inteligible si se conoce con suficiencia el grado de empuje con que arriban las pulsiones. Varias razones nos motivan para esta indicación, pero en especial la siguiente: la concepción que Freud desarrolló sobre la pulsión no es formulada simplemente como una exigencia biológica de trabajo impuesta al aparato psíquico. En la pulsión participa un componente psíquico, difícil de suponer ya heredado, y en esa medida, susceptible de recibir los influjos de las experiencias vitales. Las definiciones que realiza del término confirman esa composición dual en la pulsión. Así, en sus *Tres Ensayos*, afirma que ella es *“el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico (...) El representante psíquico de los poderes orgánicos*⁵⁵. Igualmente, en su estudio del caso Schreber, la concibió con iguales palabras: *“el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico (...) el representante psíquico de los poderes orgánicos*⁵⁶. Y finalmente, en el texto *“Pulsiones y destinos de la Pulsión”*, ratifica esta acepción: *“(es) un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo que alcanzan el alma*⁵⁷.

Este componente anímico que Freud señala obviamente obedece a lo característico y propio de lo psíquico. Es desde luego una representación, que permite

⁵² Freud, S. “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”. V. 11. P.

⁵³ Freud, S. “El esquema del psicoanálisis”. V. 23. P. 147

⁵⁴ *Ibíd.*

⁵⁵ Freud, S. “Tres ensayos sobre una teoría sexual”. V. 7. P. 68.

⁵⁶ Freud, S. “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente”. V. 12. P. 68.

⁵⁷ Freud, S. “Pulsiones y sus Destinos”. V.14. P. 117

tomar conocimiento de las excitaciones internas solicitantes de satisfacción. Es crucial observar que su cometido es mucho más trascendental que el de simplemente anunciar la presencia de una exigencia biológica de trabajo. El representante psíquico de las pulsiones sexuales, imagen mnémica inscrita tras una originaria experiencia de satisfacción, va a señalar el objeto mediante el cual el quantum de afecto podrá realizar su descarga. Así pues, desde el primer instante de vida del ser humano las mociones pulsionales se asocian con una representación que les permite su expresión psíquica. El representante de la pulsión, el representante de la representación, elemento único que puede adoptar el destino de la represión, muestra entonces que está sometido a los mismos requerimientos de la vida representacional; esto es, que precisa de una experiencia de satisfacción, para que se instituya como tal. “*En las elucidaciones anteriores consideramos la represión de una representación o grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés)*”⁵⁸, son las palabras que Freud emplea para definir al representante de la representación. A ese “grupo de representaciones” es en extremo temerario creer que él las considerara por entero ya legadas por la vía hereditaria. Habrán de necesitar, sin duda, de las situaciones accidentales de una vida, en especial, de las redes representacionales que brinda una sociedad de seres hablantes. De tal forma que esa disposición al verse afectada por experiencias de todo tipo, en particular por las experiencias lingüísticas, abre la alternativa para que los representantes de la pulsión puedan ser concebidos como elementos constitutivos de la actividad razonante o del *logos*. Estarán presentes en el discurso; podrán pensarse, reflexionarse, confrontarse, modificarse, etc. Ello, por supuesto, en tanto reciban formulación significativa en la enunciación consciente, permitiendo todas las formaciones del inconsciente: lapsus, chistes, actos fallidos, etc. Si resulta ser de ese modo, se hace innegable que son las mociones pulsionales ampliamente determinadas en sus expresiones e intensidades por las vivencias y requerimientos del individuo.

Ni aún reconduciéndonos al ámbito de las fantasías originarias se propicia una interpretación de la teoría freudiana que suponga la inevitable condena de ciertos individuos a estar sometidos a las altas intensidades de sus mociones pulsionales. La fantasía de seducción y la llamada escena primaria, podría pensarse proporcionan el material necesario para que los empujes pulsionales, *per se* indomables acrecienten su indocilidad.

Sin embargo, resulta llamativo que dentro del material filogenético descrito por Freud, componente de las fantasías originarias, además de encontrarse escenificaciones que eventualmente incentivan la actividad autoerótica del niño, está presente una figuración que motiva el abandono del quehacer sexual infantil. Es la fantasía de castración lo mencionado aquí. Su valor lo sintetiza Laplanche y Pontalis con estas palabras: “*en la amenaza de castración que sella la prohibición del incesto, se encarna la función de la ley como instauradora del orden humano*”⁵⁹ Así pues, Freud le da un fundamento hereditario a la función prohibitiva y normativa, esencia misma del orden cultural. De esta manera, aunque se arguyera que algunas de las supuestas fantasías originarias pudieran eventualmente tener tal fuerza que sólo ellas establecieran el grupo de representaciones asociadas con el empuje pulsional, el hecho de que Freud haya determinado un fundamento innato en la “actitud para la cultura”, muestra que el posible efecto de lo inscrito para Freud en los genes, no conduce a una violenta oposición hacia los requerimientos sociales. Para Freud “*los seres humanos que hoy nacen traen consigo, en calidad de organización heredada,*

⁵⁸ Freud, S. “La represión”. V. P. 147.

⁵⁹ Laplanche y Pontalis. Op. Cit. *Diccionario de psicoanálisis*. P. 60

cierto grado de inclinación a trasmutar pulsiones egoístas en pulsiones sociales. Otra parte de esa trasmutación de las pulsiones tiene que realizarse en la vida misma”⁶⁰.

La historia cultural de los antepasados recreada por el autor, no es entonces de por sí un obstáculo para que el medio cultural ejerza una influencia preponderante sobre el destino humano. Después de todo, el sentido de los síntomas neuróticos sólo sería posible para Freud si existe precisamente esa preponderancia. “El síntoma histérico (...) posee un significado de valor, intencionalidad psíquica, un sentido. El síntoma histérico no trae consigo este sentido, sino que le es prestado, es soldado con él, por así decirlo y en cada caso puede ser diverso, de acuerdo con la naturaleza de los pensamientos sofocados que pugnan por expresarse”⁶¹. Con otras palabras: “el sentido de un síntoma reside, según tenemos averiguado, en un vínculo con el vivenciar del enfermo. Cuanto más individual sea el cuño del síntoma, tanto más fácilmente esperaremos establecer este nexo (...) Podemos esclarecer satisfactoriamente el sentido de los síntomas neuróticos individuales por su referencia al vivenciar, pero nuestro arte nos deja en la estacada respecto de los síntomas típicos”⁶².

Si bien es cierto que Freud considera que el papel patógeno que desempeñan las pulsiones en la causación de las neurosis radica en el nivel de intensidad que pueden éstas llegar a manifestarse, empero, no cabe duda que ese factor no lo erige como el único:

*“la causación de todas las plasmaciones de la vida humana ha de buscarse en la acción recíproca entre predisposiciones congénitas y vivencias accidentales. Y bien, cierta pulsión puede ser constitucionalmente demasiado fuerte o demasiado débil, cierta actitud estar atrofiada o no haberse plasmado en la vida de manera suficiente; y por otra parte, las impresiones y vivencias externas pueden plantear a los seres humanos demandas de diversa intensidad, y lo que la constitución de uno es capaz de dominar puede ser todavía para otro una tarea demasiado pesada. Estas diferencias cuantitativas condicionarán la diversidad del desenlace”*⁶³.

En “Análisis terminable e interminable”, vuelve a ratificar la misma posición: “es que la etiología de todas las perturbaciones es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, del que un yo inmaduro no pudo enseñorearse”⁶⁴. Y continúa: “uno está tentado de responsabilizar a la primera intensidad pulsional –por la plasmación de la otra- la alteración del yo -, pero parece que esta última tiene su propia etiología”⁶⁵. Finalmente agrega que es el vigor desplegado por estos dos factores los que irán a determinar los alcances favorables que pueden desarrollar una cura psicoanalítica: “la intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del yo, adquirida en la lucha defensiva, en el sentido de un desquicio y una limitación, son los factores desfavorables para el efecto del análisis y capaces de prolongar su duración hasta lo inconcluible”⁶⁶.

⁶⁰ Freud, S. “Joseph Popper.- Lynkeus y la teoría del sueño”. V. P. 284

⁶¹ Freud, S. “Fragmento de un análisis de un caso de histeria”. V. 7. P. 49.

⁶² Freud, S. “Conferencias de introducción al psicoanálisis: el sentido de los síntomas”. V. 15. P. 298.

⁶³ Freud, S. “El esquema del psicoanálisis”. V. 23. P. 184

⁶⁴ Freud, S. “Análisis terminable e interminable”. V. 23. P. 223

⁶⁵ *Ibíd.* P. 229

⁶⁶ *Ibíd.* P. 224

Ahora bien, a pesar de indicar el factor constitucional y el factor accidental como dos elementos distintos, a los que le son probables dos etiologías distintas, señala que es en lo común el actuar conjunto de éstos dos factores a lo que cabe responsabilizar la existencia de las neurosis. *“Por regla general, hay una acción conjugada de ambos factores, el constitucional y el accidental. Mientras más intenso sea el primero, tanto más un trauma llevará a la fijación y dejará como secuela una perturbación del desarrollo”*⁶⁷.

Así pues, si se está ante una demanda pulsional cuantitativamente muy elevada, no habrá menester como única explicación la base innata, ya que dicha intensidad pudo haber sido el resultado de una vivencia singular que produjo la exacerbación pulsional. *“La más somera reflexión nos sugiere la duda sobre si es indispensable la limitación que introduce el atributo “constitucional” (o “congénito”). Por decisivo que sea desde todo comienzo el factor constitucional, es empero concebible que un refuerzo pulsional sobrevenido más tarde en la vida exteriorice los mismos efectos. Habría, pues, que modificar la fórmula: intensidad pulsional <por el momento>, en lugar de <constitucional>”*⁶⁸.

Otra forma de plantear la misma conclusión son las palabras de J. Lacan:

*“Desde luego, el psicoanálisis contiene una teoría de los instintos, elaboradísima. A decir verdad, la primera teoría verificable que en el caso del hombre se haya dado (...) Los Triebe (son) tan sólo un sistema de equivalencias energéticas al que referimos los intercambios psíquicos, no en la medida que se subordinan a alguna conducta ya del todo montada, natural o adquirida, sino en la medida que simboliza las funciones de los órganos en que aparecen los intercambios naturales, esto es, los orificios: bucal, anal y genito-urinario (...) Esas pulsiones sólo se nos presentan en relaciones muy complejas en las que su propio torcimiento no puede llevar a prejuzgar acerca de su intensidad de origen. Hablar de un exceso de libido es una fórmula vacía de sentido”*⁶⁹.

Y concluye: *“Si numerosos sujetos en sus delitos, exhibiciones, robos, incluso en los crímenes de la pasión asesina encuentran y persiguen una estimulación sexual, cualquiera que sean los mecanismos que la causen, angustia, sadismo o asociación situacional, no podrán considerarse como un efecto de desbordamiento de los instintos”*⁷⁰. En síntesis, las pulsiones no significan la animalidad indiscutible del ser humano. *“Si el instinto significa, en efecto la irrefutable animalidad del hombre, no se ve por qué ha de ser menos dócil si se halla encarnado en un ser de razón (...) La forma del adagio que reza: homo homini lupus es engañosa respecto de su sentido”*⁷¹.

A modo de conclusión

Aunque en Freud hay algún grado de reconocimiento de la importancia del factor genético en las producciones comportamentales, aunque él en alguna medida supone al hombre equipado con un conjunto de predisposiciones innatas que eventualmente pueden ser un incentivo para un determinado estado de cosas, ante todo el factor al que le otorga mayor preponderancia es el que concierne a las

⁶⁷ Ibíd. P. 223

⁶⁸ Ibíd. P. 227

⁶⁹ Lacan, J. “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”. En *Escritos* / Argentina. Siglo XXI editores. P. 139

⁷⁰ Ibíd.

⁷¹ Ibíd. P. 138

vivencias afectivas enfrentadas por el individuo. Es decir, que para Freud más que tener la posibilidad de construir destinos que trasciendan cualquier inclinación biológica, en el hombre serán las experiencias vitales que colocan en juego esas inclinaciones, y no estas últimas *per se*, las que producen marcas para el futuro de un individuo. Cabe finalizar indicando que muy posiblemente el fundamento biológico que Freud confirió a algunos de sus conceptos se haya originado en un intento por explicar la aparente universalidad que guardaban ciertas tipicidades puestas al descubierto por la clínica.

Bibliografía

- BERCHERIE, Paul. *Génesis de los Conceptos freudianos*. Paidós. Argentina. 1988.
- FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Amorrortu editores. Argentina. 1990.
- LACAN, Jaques. "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología". En *Escritos I*. Siglo XXI editores. Argentina. 1988.
- LAPLANCHE, Jean- PONTALIS, Jean. *Diccionario de Psicoanálisis*. Editorial Labor. Barcelona. 1981.
- LEVIN, Kenneth. *Freud's early psychology of the Neuroses*. University of Pittsburgh Press. Pittsburgh, USA. 1978.
- PASQUALINI, Gerardo. *Psicopatología Ética*. Ediciones Nueva Visión. Argentina 1990.